09 2003

Sobre el Militante Investigador

Colectivo Situaciones

1

Y por fin hemos aprendido que el poder no es —para nada— el lugar político por excelencia. Como decía Spinoza, el poder es el lugar de la *tristeza* y de la *impotencia* más absoluta. ¿Cómo llamaremos a este saber sobre la emancipación que ya no concibe que el cambio pase por la detentación del aparato del estado, del poder central, sino por la destitución de todo centro?

En Argentina ha resurgido en los últimos años la lucha popular. Los *piquetes* y la insurrección de diciembre de 2001 han acelerado el ritmo de la radicalización. El compromiso y la pregunta por las formas concretas de intervención se han tornado nuevamente cruciales. Esta contraofensiva trabaja de manera múltiple y enfrenta no sólo a los enemigos visibles sino también a quienes pretenden formatear las experiencias de contrapoder para encapsularlas en esquemas preestablecidos.

Las luchas por la dignidad y la justicia no se han agotado: el mundo, todo, comienza a ser cuestionado y reinventado nuevamente. Es esta activación de la lucha —verdadera contraofensiva— lo que alienta a la producción y la difusión de las hipótesis del contrapoder.

Según James Scott[1] el punto de partida de la radicalidad es la resistencia física, práctica, social. Toda relación de poder, de subordinación, produce lugares de encuentro entre dominadores y dominados. En estos espacios de encuentro los dominados exhiben un *discurso público* que consiste en decir aquello que los poderosos quieren oír, reforzando la apariencia de su propia subordinación, mientras que —silenciosamente— se produce, en un espacio *invisible* al poder, un mundo de *saberes* clandestinos que pertenecen a la experiencia de la micro-resistencia, de la insubordinación.

Esto ocurre en forma permanente, salvo en épocas de rebelión, cuando el mundo de los oprimidos sale a la luz pública, sorprendiendo a propios y extraños.

Así, el universo de los dominados existe escindido: como un servilismo activo y una subordinación voluntaria, pero *también* como un silencioso lenguaje que hace circular un conjunto de chistes, rituales y saberes que conforman los códigos de la *resistencia*.

Y bien, es esta anterioridad de las resistencias lo que da pertinencia a la fundación de la figura del Militante Investigador[2], cuya pretensión es desarrollar una labor teórica y práctica orientada a coproducir los saberes y los modos de una sociabilidad alternativa, a partir de la potencia de estos *saberes subalternos*.

La investigación militante no trabaja a partir de un conjunto de saberes propios sobre el mundo, ni sobre cómo debieran ser las cosas. Muy por el contrario, la única y dificultosa condición del militante investigador es la de permanecer fiel a su “no saber”. En este sentido, es una auténtica *antipedagogía* (como quería Joseph Jacotot)[3].

Como veremos a continuación la figura del militante de investigación, entonces, intenta distinguirse del investigador académico, pero también del militante político, del humanitarista de las ONGs, del alternativo, o del simple bienintencionado.

Tan lejos de los procedimientos propios de las instituciones como de todo conjunto de certezas ideológicas, se trata mas bien de organizar la vida según un conjunto de hipótesis (prácticas y teóricas) sobre las vías de la (auto) emancipación. La investigación militante es también el arte de establecer composiciones que potencien las búsquedas y los elementos de sociabilidad alternativa.

A diferencía de la investigación *universitaria*, se trata de trabajar en colectivos autónomos que no obedezcan a reglas impuestas por la academia l cual implica establecer un vínculo positivo con los saberes subalternos, dispersos y ocultos, y producir un cuerpo de *saberes prácticos de contrapoder*. Todo lo contrario de utilizar las experiencias como campo de confirmación de las hipótesis de laboratorio.

Como es sabido, la investigación *académica* está sometida a todo un conjunto de dispositivos alienantes que separan al investigador del *sentido* mismo de su actividad: se debe acomodar el trabajo a determinadas reglas, temas y conclusiones. El financiamiento, las tutorías, los requerimientos de lenguaje, el papeleo burocrático, los congresos vacíos y el protocolo, constituyen las condiciones en que se desarrolla la práctica de la investigación *oficial*.

La investigación militante se aleja de esos ámbitos (claro que sin oponerse a ellos ni desconocerlos)4, e intenta trabajar bajo condiciones alternativas, creadas por el propio colectivo y por los lazos de contrapoder en los que se inscribe, procurando una eficacia propia en la producción de saberes útiles a las luchas.

La investigación militante modifica su *posición*: trata de generar una capacidad de las luchas de leerse a sí mismas y, por tanto, de retomar y *difundir* los avances y las producciones de otras experiencias.

A diferencia del militante político, para quien *la política pasa siempre por la política*, el *militante investigador* es un personaje hecho de interrogaciones, no saturado de sentidos ideológicos y de modelos sobre el mundo.

La investigación militante no es tampoco una práctica de *"intelectuales comprometidos"* o de un conjunto de "asesores" de los movimientos sociales. El objetivo no es politizar ni intelectualizar las experiencias. No se trata de lograr que éstas den un salto, para pasar de lo social a la "política seria".

La pista de la multiplicidad es opuesta a estas imágenes del *salto* y la *seriedad*: no se trata de enseñar ni de difundir *textos claves*, sino de buscar en las prácticas las pistas emergentes de la nueva sociabilidad. Separado de las prácticas, el lenguaje de la investigación militante se reduce a la difusión de una jerga, una moda o una nueva ideología pseudo universitaria desprovista de anclaje situacional.

Materialmente la investigación militante se desarrolla bajo las formas del *taller* y la lectura colectiva, de la producción de las condiciones para el pensar y la difusión de textos productivos, en la generación de circuitos fundados en experiencias concretas de lucha, con el estudio y entre núcleos de militantes investigadores. En el presente artículo intentaremos presentar algunas elaboraciones surgidas a partir de nuestra labor realizada en La Argentina entre los anos 2000 y 2003.

2

La *investigación militante*, tal como la desarrollamos, carece de *objeto*. Somos concientes del carácter paradójico de este enunciado –si se investiga, se investiga algo; si no hay algo que investigar, ¿cómo hablar de una investigación?– y, a la vez, estamos convencidos de que este carácter es lo que le da, precisamente, su potencia. Investigar sin objetualizar, de hecho, implica ya abandonar la imagen habitual del investigador. Y el militante investigador aspira a ello.

En efecto, la investigación puede ser una vía de *objetualización* (nuevamente, no es una originalidad de nuestra parte confirmar este viejo saber. No es por esto menos cierto, sin embargo, que este efecto es uno de los límites más serios de la subjetividad habitual del investigador). Tal como lo recuerda Nietzsche, el hombre (y la mujer) teórico/a –que es algo más complejo que el "hombre (y la mujer) que lee"– es aquel (o aquella) que percibe la acción desde un punto de vista del todo exterior (es decir, que su subjetividad está constituida de manera completamente independiente respecto de esa acción). Así, el teórico (o la teórica) trabaja *atribuyendo* una intención al sujeto de la acción. Seamos claros: toda atribución de este tipo supone, respecto del protagonista de la acción observada, un *autor* y una *intención*; le confiere valores y objetivos, en fin, produce "saberes" sobre la acción (y el actuante).

Por esta vía, la crítica queda ciega al menos respecto de dos momentos esenciales: por un lado respecto del *sujeto* –exterior– que la ejerce. El investigador no precisa investigarse. Él puede construir saberes consistentes *sobre* la situación en la *medida de* –y, precisamente, *gracias a*– su estar *afuera*, a la distancia prudencial que, se supone, garantiza cierta *objetividad*. Y bien, esa objetividad es auténtica y eficaz en la misma medida en que ella no es otra cosa

que la contracara de la objetualización –*violencia*– de la situación *sobre* la que se trabaja.

Pero hay aun otro aspecto en que la crítica queda ciega: el investigador –en su acción de *atribuir*–
no hace más que adecuar los *recursos disponibles* de su propia situación de investigación a las incógnitas que su objeto le presenta. El investigador, por esa vía, se constituye en una *máquina* de otorgar –a su objeto– sentidos, valores, intereses, filiaciones, causas, influencias, racionalidades, intenciones y motivos inconcientes.

Ambas cegueras, o la misma ceguera frente a dos puntos (respecto del *sujeto que atribuye* y respecto de los *recursos de la atribución*), confluyen en la configuración de una única operación: una máquina de juzgar el *bien* y el *mal* de acuerdo al conjunto de *valores disponibles*.

Esta modalidad de producción de conocimientos nos pone frente a un dilema evidente. La investigación universitaria tradicional –con su *objeto*, su *método* de atribución y sus *conclusiones*– obtiene, claro, conocimientos de valor –sobre todo descriptivos– respecto de los *objetos* que investiga. Pero esta operación descriptiva no es de ningún modo posterior a la conformación del objeto sino que ella misma resulta ser productora de tal objetualización. A punto tal que la investigación universitaria será tanto mas eficaz cuanto mejor emplee estos poderes objetualizantes. De esta forma –la *ciencia*, y en especial aquella llamada *social*– opera más como separadora –y cosificadora– de las situaciones en las que participa que como elemento interior de la creación de eventuales experiencias (prácticas y teóricas).

El investigador (o la investigadora) se ofrece él mismo como sujeto de *síntesis* de la experiencia. Él es quien explica la racionalidad de lo

que acontece. Y como tal queda preservado: en tanto necesario punto ciego de dicha síntesis. Él mismo, como sujeto *dador* de *sentido* queda exceptuado de todo autoexamen. Él y sus recursos –sus valores, sus nociones, su mirada– se constituyen en la máquina que clasifica, coherentiza, inscribe, juzga, descarta y excomulga. En fin, el intelectual es quien "hace justicia" respecto de los asuntos de la *verdad*, en tanto administración –adecuación– de lo que existe respecto de los horizontes de racionalidad del presente.

3

Y bien, hemos hablado del *compromiso* y de la *militancia*. ¿Es que estamos proponiendo acaso la superioridad del *militante político* respecto del investigador universitario?

No lo creemos. La militancia política es también una práctica con objeto. Como tal, ha quedado ligada a una modalidad de la instrumentalidad: aquella que se vincula con otras experiencias con una subjetividad siempre ya constituida, con saberes previos –los saberes de la *estrategia*–, provistos de enunciados de validez universal, puramente ideológicos. Su forma de ser con los otros es el *utilitarismo*: nunca hay *afinidad*, siempre hay "acuerdo". Nunca hay *encuentro*, siempre hay "táctica". En definitiva: la militancia política –sobre todo la partidaria– difícilmente pueda constituirse en una experiencia de *autenticidad*. Ya desde el comienzo queda atrapada en la *transitividad*: lo que le interesa de una experiencia es siempre "otra cosa" que la experiencia en sí misma. Desde este punto de vista, la militancia política –y no estamos exceptuando a las militancias de izquierdas– es tan exterior, enjuiciadora y objetualizante como la investigación universitaria.

Agreguemos el hecho que el militante humanitario –digamos, el de las ONG's– no escapa tampoco a estos mecanismos manipuladores.

En rigor, la ideología humanitarista –ahora globalizada– se constituye a partir de una imagen idealizada de *un mundo* ya hecho, *inmodificable*, frente al cual sólo queda dedicar esfuerzos a aquellos lugares –más o menos *excepcionales*– en que aun reina la miseria y la irracionalidad.

Los mecanismos desatados por el humanitarismo solidario no sólo dan por cerrada toda creación posible sino que, además, naturalizan –con sus misericordiosos recursos de la beneficencia y su lenguaje sobre la *exclusión*– la objetualidad victimizante que separa a cada cual de sus posibilidades subjetivantes y productivas.

Si nos referimos al compromiso y el carácter "militante" de la investigación, lo hacemos en un sentido preciso, ligado a cuatro condiciones: (a) el carácter de la motivación que sostiene la investigación; (b) el carácter práctico de la investigación (elaboración de hipótesis prácticas situadas); (c) el valor de lo investigado: el producto de la investigación sólo se dimensiona en su totalidad en situaciones que comparten tanto la problemática investigada como la constelación de condiciones y preocupaciones; y (d) su procedimiento efectivo: su desarrollo es ya resultado, y su resultado redunda en una inmediata intensificación de los procedimientos efectivos.

4

De hecho, toda *idealización* refuerza este mecanismo de la objetualización. Este es un auténtico problema para la militancia de investigación.

La idealización –aun cuando ella recaiga sobre un objeto no consagrado a tales efectos– resulta siempre del mecanismo de la atribución (incluso si ésta no se da bajo la modalidad de las

pretensiones científicas o políticas). Porque la idealización –como toda ideologización– expulsa de la *imagen* construida todo aquello que pudiera hacerla caer como *ideal* de coherencia y plenitud.

Sucede, sin embargo, que todo ideal –a contrapelo de lo que cree el idealista– esta mas del lado de la muerte que de la vida. El ideal amputa realidad a la vida. Lo concreto –lo vivo– es parcial e irremediablemente inhaprensible, incoherente y contradictorio. Lo *vivo* –en la medida en que persista en sus capacidades y potencias– no precisa ajustarse a imagen alguna que le otorgue sentido o que lo justifique. Es a la inversa: es en sí mismo fuente creadora –no objeto o depositario– de valores de justicia. De hecho, toda idea de un sujeto *puro o pleno* no es mas que la conservación de este ideal.

La idealización oculta una operatoria inadvertidamente conservadora: tras la pureza y la vocación de justicia que parece darle origen, se esconde –nuevamente– el arraigo de los valores dominantes. De allí la apariencia justiciera del idealista: quiere hacer justicia, es decir, desea materializar, efectivizar, los valores que tiene por buenos. El idealista no hace sino proyectar esos valores sobre lo idealizado (momento en el cual aquello que era múltiple y complejo se torna *objeto*, de un ideal) sin llegar a interrogarse a sí mismo sobre sus propios valores; es decir, sin realizar una *experiencia* subjetiva que lo transforme.

Este mecanismo termina por revelarse como el más serio de los obstáculos del militante investigador: al originarse en formas sutiles y casi imperceptibles, la idealización va produciendo una *distancia insalvable*. Al punto que el militante investigador no logra ver sino solo lo que ha proyectado en lo que se le aparece ya como una plenitud.

De allí que esta actividad no pueda existir sino a partir de un trabajo muy serio *sobre* el *colectivo* mismo de investigación; es decir, no puede existir sin investigarse seriamente a sí mismo, sin modificarse, sin reconfigurarse en las experiencias de las que toma parte, sin revisar los ideales y valores que sostiene, sin criticar permanentemente sus ideas y lecturas, en fin, sin desarrollar prácticas tanto hacia todas las direcciones posibles.

Esta dimensión ética remite a la complejidad misma de la investigación militante: la labor subjetivizante de deconstruir toda inclinación objetualizante. En otras palabras: de realizar una *investigación sin objeto*.

Como en la *genealogía*, se trata de trabajar al nivel de la "crítica de los valores". De penetrarlos y destrozar "sus estatuas", como afirma Nietzsche. Pero este trabajo –que está orientado por y hacia– la creación de valores no se hace en la mera "contemplación". Requiere de la crítica radical de los valores en curso. De allí que implique una esfuerzo de *deconstrucción* de las formas dominantes de la percepción (*interpretación, valoración*). No hay, por tanto, creación de valores sin producción de una subjetividad capaz de someterse a una critica radical.

5

Una pregunta se hace evidente: ¿es posible una investigación tal sin que a la vez se desate un proceso de *enamoramiento*? ¿Cómo sería posible el vínculo entre dos experiencias sin un fuerte sentimiento de *amor* o de *amistad*?

Efectivamente, la experiencia de la militancia de investigación se parece a la del enamorado, a condición de que entendamos por *amor* lo que cierta larga tradición filosófica –materialista– entiende

por tal: es decir, no algo que le pasa a uno con respecto a otro sino un proceso que como tal *toma* a dos o más. Lo que convierte lo "propio" en "común". De un amor así se *participa*. Un proceso tal, no se decide intelectualmente: *toma* la existencia de dos o más. No se trata de ninguna ilusión, sino de una experiencia auténtica de antiutilitarismo.

En el amor, en la amistad, al contrario que en los mecanismos que vinimos describiendo hasta ahora, no hay objetualidad ni instrumentalismo. Nadie se preserva de lo que *puede* el vínculo, ni se sale de allí incontaminado. No se experimenta el amor ni la amistad de manera inocente: todos salimos reconstituidos de ellos. Estas potencias –el amor y la amistad– tienen el poder de constituir, cualificar y rehacer a los sujetos a los que atrapa.

Este amor –o amistad– se constituye como una relación que indefine lo que hasta el momento se preservaba como individualidad, componiendo una figura integrada por más de un cuerpo individual. Y, a la vez, tal cualificación de los cuerpos individuales que participan de esta relación hace fracasar todos los mecanismos de abstracción –dispositivos que hacen de los cuerpos cuantificados objetos intercambiables–, tan propios del mercado capitalista como de los demás mecanismos objetualizadores nombrados.

De allí que consideremos este *amor* como una condición de la investigación militante.

Y bien, a lo largo de este libro nos hemos referido varias veces a este proceso de *amistad* o *enamoramiento*, bajo el nombre –menos comprometedor– de la *composición*. A diferencia de la *articulación*, la *composición*, no es meramente intelectual. No se basa en intereses ni en criterios de conveniencia (ni políticas ni de otro orden). A

diferencia de los “acuerdos” y de las “alianzas” (estratégicos o tácticos, parciales o totales) fundados en coincidencias textuales, la composición es más o menos inexplicable, y va más allá de todo lo que se pueda decir de ella. De hecho –al menos mientras dura–, es mucho más intensa que todo compromiso meramente político o ideológico.

El amor y la amistad nos hablan del valor de la cualidad sobre la cantidad: el cuerpo colectivo compuesto de otros cuerpos no aumenta su potencia según la mera cantidad de sus componentes individuales, sino en relación a la *intensidad* del lazo que los une.

6

Amor y amistad, entonces: la labor de la militancia de investigación no se identifica con la producción de una *línea política*. Trabaja –*necesariamente*– en otro plano.

Si sostenemos la distinción entre “la política” (entendida como lucha por el poder) y las experiencias en las que entran en juego procesos de producción de sociabilidad o de valores, podemos distinguir entonces al militante político (que funda su discurso en algún conjunto de certezas), del militante investigador (que organiza su perspectiva a partir de preguntas críticas respecto de esas certezas).

Sin embargo, es esta distinción la que a menudo se pierde de vista, cuando se presenta una experiencia como modelo, haciendo de ella fuente de una *línea política*, sin más.

En cierta medida, entonces, se ha creído ver el nacimiento de una línea “situacionista”, como el producto idealizado del lenguaje –más bien, la *jerga*– de la publicación y la imagen que –aparentemente–

el cuaderno transmite –al menos en algunos lectores– de la experiencia.

Detractores y adherentes de esta nueva línea han hecho de ella motivo de disputas y de conjuras. No podemos, al respecto, más que admitir que de todos los destinos posibles de este encuentro, estas *reacciones* son las que menos nos motivan, tanto por la improductividad manifiesta que resulta de tales repudios y adhesiones, como por la forma en que dichas idealizaciones (positivas o negativas por igual) suelen sustituir una mirada más crítica sobre quienes las realizan. Así, se adopta rápidamente una posición demasiado acabada frente a lo que pretende ser un ejercicio de apertura.

7

Demos un paso más en la construcción del concepto de una investigación *sin* objeto. *Interioridad e inmanencia* no son necesariamente procesos idénticos.

Dentro y fuera, inclusión y exclusión, son (si se nos permite tal expresión) categorías de la *ideología dominante*: suelen ocultar mucho más que lo que revelan. Esto es: la experiencia del militante de investigación no es la de estar *adentro*, sino la de trabajar en *inmanencia*.

Digamos que la diferencia puede ser presentada en los siguientes términos: el *adentro* (y por tanto el *afuera*) define una posición organizada *a partir* de un cierto *limite* al que consideramos *relevante*.

Dentro y fuera remiten a la *ubicación* en relación de un cuerpo o elemento en relación a una disyuntiva o una frontera. Estar adentro

es también -en este línea- compartir una propiedad común, que nos hace pertenecer a un mismo *conjunto*.

Este sistema de referencias nos interroga por el lugar en donde nos estamos *situados*: nacionalidad, clase social, o bien sobre el sitio en que elegimos situarnos frente a las próximas elecciones, la invasión militar a Colombia o a la programación de los canales de cable.

En el extremo, la *pertenencia* "objetiva" (aquella que deriva de la observación de una propiedad común) y la" subjetiva" (aquella que deriva de una elección frente a) se unen para alegría de las ciencias sociales: Si *somos* trabajadores desocupados podemos *optar* por ingresar a algún movimiento piquetero; si *somos* de la clase media podemos optar por *ser parte* de alguna asamblea vecinal. Sobre la *determinación* –pertenencia común a un mismo conjunto, en este caso la clase social- se hace posible –y deseable- la elección (el grupo de comunes con quienes nos agruparemos).

En ambos casos el *estar adentro* implica respetar un límite preexistente que distribuye de manera mas o menos involuntaria lugares y pertenencias. No se trata de desconocer las posibilidades que derivan del momento de la elección –que pueden ser, como en el caso de este ejemplo, altamente subjetivante- cuando de distinguir el mero "estar" y su "adentro" (o "afuera", da igual) de los mecanismos de producción subjetiva que surgen a partir de desobedecer estas estos destinos hasta que, en el límite, no se trata ya de reaccionar frente a opciones ya codificadas cuanto de producir uno mismo los términos de la situación.

En este sentido vale la pena presentar la imagen de la inmanencia como otra cosa del mero *estar adentro*.

La *inmanencia* refiere una modalidad de *habitar* la *situación* y trabaja a partir de la *composición* –el amor o la amistad– para dar lugar a *nuevos posibles materiales* de dicha situación. La inmanencia es, pues, una copertenencia constituyente que atraviesa transversal o diagonalmente las representaciones del "adentro" y el "afuera". Como tal no se deriva del estar, sino que requiere una operación del habitar, del componer.

En resumen: *inmanencia, situación, composición*, son nociones internas a la experiencia de la militancia de investigación. Nombres útiles para las operaciones que organizan un devenir común y, sobre todo, *constituyente*. Si en otra experiencia devienen jerga de una nueva línea política o categorías de una filosofía a la moda –asunto que no nos interesa en lo más mínimo– obtendrán, seguramente, un nuevo significado a partir de esos *usos* que no son los nuestros.

En otras palabras: la diferencia operativa entre el "adentro" de la representación (fundamento de la *pertenencia* y la *identidad*) y la *conexión* de la inmanencia (el *devenir constituyente*) pasa por la mayor *disponibilidad* que esta última forma nos otorga para participar de nuevas *experiencias*.

8

Parece que hemos llegado a producir una diferencia entre el *amor-amistad* y las formas de objetivación contra las que pretende alzarse la figura –precaria, insistimos– del militante investigador.

Sin embargo, no hemos ingresado aun en el asunto –fundamental– de la ideologización del *enfrentamiento*.

La lucha activa capacidades, recursos, ideales y solidaridades. Como tal nos habla de una disposición vital, de dignidad. En ella, el riesgo de la muerte no es buscado ni deseado. De allí que el sentido de los

compañeros muertos no sea nunca pleno, sino doloroso. Este dramatismo de la lucha es, sin embargo, banalizado cuando se *ideologiza* el enfrentamiento, hasta postularlo como sentido excluyente.

Cuando esto sucede no hay lugar para la investigación. Como se sabe, ambas –ideología e investigación– tienen estructuras opuestas: mientras la primera se constituye a partir de un conjunto de certezas, la segunda sólo existe a partir de una gramática de las preguntas.

Sin embargo, la lucha –la lucha necesaria, noble– no lleva de por sí a la exaltación del enfrentamiento como sentido dominante de la vida. Sin dudas que el límite puede parecer algo delgado en el caso de una organización en lucha permanente como una organización piquetera y, sin embargo, dar por sentado este punto sería prejuzgar.

A diferencia de la subjetividad militante que suele sostenerse en un sentido dado por la polarización extrema de la vida –la ideologización del enfrentamiento–, las experiencias que buscan construir otra sociabilidad procuran activamente no caer en la *lógica del enfrentamiento*, según la cual la multiplicidad de la experiencia se reduce a este significante dominante.

Y bien, el *enfrentamiento*, por sí mismo, *no crea valores*. Como tal, no va más allá de la distribución de los valores dominantes.

El resultado de una guerra nos indica quiénes se apropiarán de lo existente. Quién tendrá el derecho de propiedad de los bienes y los valores existentes.

Si la lucha no *altera* la "estructura de sentidos y valores" sólo se asiste a un cambio de roles, lo que es toda una garantía de supervivencia para la estructura misma.

Llegados a este punto se dibujan frente a nosotros dos imágenes completamente diferentes de la justicia –porque en definitiva de eso se trata–. De un lado, la vía de la lucha por la capacidad de ejercer la *máquina de juzgar*. Hacer justicia es atribuirse para sí lo que se considera lo justo. Es interpretar de otro modo la distribución de los valores existentes. La otra, sugiere que de lo que se trata es de devenir creador de valores, de experiencias, de mundo.

De allí que toda lucha –que no sea idealizada– tenga esa doble dirección que parte de la autoafirmación: hacia "adentro" y hacia "afuera".

9

La investigación militante no busca una experiencia-*modelo*. Es más, se afirmar contra la existencia de tales ideales. Se dirá –y con razón– que una cosa es declamar este principio y otra muy diferente es alcanzarlo prácticamente. Se podrá concluir también –y acá comienzan nuestras dudas– que para que este noble propósito sea realidad haría falta hacer explícitas "nuestras críticas". Y bien, si se observa bien la demanda, se vería hasta qué punto lo que se nos estaría pidiendo sería *guardar* el *modelo* –ahora de manera negativa– para comparar la *experiencia real* al *modelo ideal*, mecanismo que utilizan las ciencias sociales para extraer sus "juicios críticos".

Como se ve, todas estas reflexiones sobre la crítica y la producción de conocimientos no son asuntos menores, y no lo son porque atañen a formas de la justicia (y el juicio no es otra cosa que la forma judicial de la justicia). Este artículo no puede ofrecer nada

parecido a un hecho jurídico, ni provee recursos para hacer juicios con otras experiencias. Más bien lo contrario es cierto: si algo hemos pretendido sus "autores" –cadáveres que hablando, escriben– ha sido ofrecer una imagen diametralmente opuesta de la justicia, fundada en la *composición*. ¿Para qué *sirve* esto? No hay respuestas previas.

Septiembre de 2003

Este artículo está compuesto por retazos de dos escritos distintos en los que, con diferencia de un año entre uno y otro, nos ocupamos de la investigación militante. De un lado, se reproducen partes de Por una política más allá de la política, ensayo publicado en el libro "Contrapoder, una introducción", Buenos Aires, Ediciones de mano en mano, octubre de 2001. Por otra parte, se recoge buena parte del texto Sobre el método*, que prologa el libro "La Hipótesis 891. Más allá de los piquetes", escrito por nuestro Colectivo en coautoría con el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano, Buenos Aires, De mano en mano, octubre de 2002.*

Para consultar nuestros trabajos, acceder a la información e incluso solicitar nuestros libros publicados, puede consultarse la página web www.situaciones.org o escribir al correo electrónico colectivo@situaciones.org

1James C. Scott: *"Los dominados y el arte de la resistencia"*. Ed. Era, México, 2000

2 La figura del "militante investigador" fue presentada por primera vez en Miguel Benasayag y Diego Sztulwark; *Política y situación. De*

la potencia al contrapoder, Ediciones De mano en mano, Bs. As., 2000.

3 Ver muy especialmente las hermosas páginas del libro de Jacques Ranciére, *"El Maestro Ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual"*, Laertes, Barcelona, 2002

4 Lejos de desconocer o negar la investigación universitaria, se trata de alentar otra relación con los saberes populares. Mientras los conocimientos producidos por la academia suelen constituir un bloque ligados al mercado y al discurso científico (despreciando toda otra forma de producción de saberes) lo propio de la investigación militante es la búsqueda de los puntos en que estos saberes pueden componerse con los populares.